



## UN VIAJE CON UN ALEMAN

Hace poco viajaba yo de Bilbao a Madrid. En mi compartimento había un caballero de traza tan inconfundible como la de un mongol o la de un judío. Reconocí inmediatamente su raza. Era alemán. Varios detalles afianzaron mi creencia antes de hablarle. Miraba con esa insistencia de los que no ven nada detrás de un rostro ajeno. Se adivinaba que le interesaba saber si viajaba con un amigo o un adversario. A un inglés esto le hubiera sido indiferente. No debió producirle buena impresión ver que yo leía un periódico republicano. Cuando acabé de leerlo y cogí uno católico su sorpresa debió ser inmensa. ¿Cómo es posible, se diría, que un mismo hombre lea periódicos amigos y contrarios de Alemania? El no llevaba consigo más que periódicos germanófilos.

Era un hombre de esos que quieren llenar con su persona el espacio donde se hallan: un perfecto alemán. Se movía mucho, miraba mucho, estornudaba con gran estrépito. Después de comer en el restaurant se tendió a lo largo del asiento, y sus sonoros ronquidos acompañaron armónicamente al ruido monótono del tren. Yo no quería trabar conversación, porque temía que no fuese bastante imaginativo para amenazar a Inglaterra con un nuevo peligro, ni bastante razonador para defender la causa de Alemania con algún sólido argumento. Yo temía que no me dijese:

—El bombardeo de las costas inglesas, la irrupción de los zeppelins, el bloqueo, son cosas que no valen nada. Ni siquiera el bombardeo de Dover y acaso de Londres, desde Calais —cuando lo tomemos, que será pronto—, con los misteriosos cañones de un metro de calibre que hemos fabricado en Essen, tendrá importancia comparado con la nueva sorpresa. En secreto, héla aquí: con nuestros submarinos vamos a perforar las islas británicas

por debajo del nivel del agua. Pondremos allí varios miles de toneladas de dinamita y volaremos ese pérfido país. Y un buen día, ni rastro quedará en el mar del Norte de esas islas ni de esa odiosa raza.

Yo temía que me hablase de lo sabido, de lo que ni siquiera es ya vulgar en los países neutrales, pues hasta el vulgo lo considera inane. Sin embargo, poco antes de llegar a Madrid, no pudiendo él contener su desbordante espíritu de proselitismo, me habló calurosamente: desmintió con indignación las falsedades lanzadas sobre los países neutrales por los enemigos de Alemania; me aseguró que en su país los víveres eran abundantes e inquebrantable el espíritu público; me declaró su fe absoluta en el triunfo.

Era un perfecto alemán, un hombre que sólo ve el anverso de las cosas, nunca el reverso; un hombre de una sola tesis, sin antítesis y, por lo tanto, sin síntesis, que es lo que enriquece indefinidamente el espíritu del hombre. Recuerdo algunos de sus argumentos típicos. En lo que va de la campaña, el fracaso no ha sido de Alemania, sino de Inglaterra. Los ingleses confiaban en que los rusos estarían en Berlín a los dos meses de comenzada la guerra. El fiasco es patente. Yo me atreví a hacerle esta observación:

—Pero ¿no esperaban también los alemanes estar en París antes de los dos meses?

La observación pareció sorprenderle, como si no la hubiera oído nunca, como si no se le hubiera ocurrido jamás. Luego reaccionó y dijo:

—No llegamos a París porque fue necesario distraer fuerzas para contener a los rusos en la Prusia oriental.

Esto quiere decir: el fracaso de los alemanes en su marcha sobre París no se debió a ellos mismos,

sino a los rusos, que movilizaron con rapidez. Es decir, con rapidez no, pues en realidad la movilización rusa había comenzado seis meses antes de que Inglaterra decidiese iniciar el conflicto. El traidor de esta tragedia es siempre Inglaterra, a juicio de los alemanes. Me permití hacerle otra observación:

—Pero si usted cree que el ataque partió de los aliados, ¿cómo se explica que no estuviesen preparados?

—Lo estaban, lo estaban —responde con una sonriente seguridad de hombre que está en el secreto.

Esto significa: estaban preparados, pero el ejército de los aliados tuvo que retroceder y estuvo a punto de ser deshecho en el mismo instante en que al ejército alemán se le atacaba por sorpresa; sólo cuando este ejército alemán pudo reponerse e iniciar una verdadera ofensiva, el ejército de los aliados le contuvo y le obligó a retirarse precipitadamente del Marne. Ahora descubrimos que en la cultura alemana falta el principio de contradicción, o no sirve, por lo menos, para los usos y sucesos corrientes de la vida.

Mi alemán estaba encantado con lo que él llamaba cataclismo ruso en la Prusia oriental. Después le pregunté si consideraba de importancia la probable intervención de Rumanía. De ningún modo. Lo importante era que los rusos hubieran perdido cien mil hombres, según él, en el último *cataclismo* de la Prusia oriental; casi me daba a entender que después de eso Rusia sería un factor negligible. En cambio, la incorporación de trescientos mil rumanos —también esta cifra según él— ¿qué importancia podría tener en una guerra de tantos millones de hombres? La pérdida de cien mil rusos en una guerra de millones de hombres era casi un hecho decisivo; el reforzamiento del enemigo